

INSTANTÁNEAS

Semanario, Festivo, Artístico y Literario de Actualidades

SUMARIO:—Marcial Plaza Ferrand (caricatura de Santiago Pulgar).—Augusto G. Thomson: Los 21 (X).—Leopoldo Lugones: ¿Una mariposa? (ilustración de Pulgar).—Los polístiqueros (cuadro al lápiz).—Victor Tarugo: Callejeando.—Alfredo Melazzi: Sobre el Mundo (V), (2 instantáneas de Buenos Aires).—José María Bengoa: A un amigo.—De Heine: Rimas VIII y IX.—Alfonso Daudet: La pequeña criolla (ilustraciones).—Santiago (ilustraciones).—Los carros eléctricos (cuento ilustrado).—Mesa revuelta: Las iniciales.—Folletín (ilustraciones).



LOS '21. — MARCIAL PLAZA FERRAND



A París llegué al final
y sobre la torre Eiffel
puse un enorme cartel,
diciendo: "Aquí está Marcial
y no hay quien pegue con él."

(De don Marcial Tenorio)

Marcial Plaza Ferrand

No hará más de cuatro ó cinco exposiciones que, en la atmósfera cálida del SALÓN, empezó á runearse un nombre desconocido todavía para el público. Los inteligentes señalaban con rapidez algunos cuadritos firmados por un nuevo campeón. Bastó poco tiempo: algo de atrevimiento, una ingenua inmodestia llamativa, alguna nota que salía de lo vulgar, todo esto junto tal vez, y se atrajo sobre Marcial Plaza Ferrand la atención general; luego: ¡era tan fácil pronunciar aquel nombre sonoro, lleno, jentil! Alguna mujer dijo por ahí que quien lo llevaba era joven y simpático y enamorado; ya lo comprendéis, estas observaciones femeniles hicieron lo demás; de un solo paso el afortunado pintor saltaba en la opinión unánime á la primera fila, entre los jóvenes paladines de la fama.

A tiempo comprendió el ungido que era preciso sostener gallardamente el puesto, casi justificar esa rápida suerte; y desde entonces, en medio de su azarosa existencia de muchacho de buen humor, una idea dominó y se sobrepuso á muchas revoluciones íntimas: era preciso trabajar, surgir verdaderamente, no dormirse sobre esos brotes de laureles. De seguro había buen temple en aquella naturaleza eminentemente artística, puesto que cada exposición sucesiva reveló su esfuerzo, su preocupación constante. Desfilaron por los muros del SALÓN, muchas telas defectuosas, extrañas, incompletas, catalogadas bajo su nombre; recibió su autor múltiples y severas lecciones, pero el desaliento no cabía en aquel muchacho alegremente animoso, y, á cada nuevo ensayo demostraba mayor dominio en su arte y un imperturbable empuje. Fué así como exhibió en poco tiempo múltiples retratos, su género predilecto. Dos de su señor padre (uno de ellos de relativo mérito), otro del señor Vial Ugarte, de Pedro Rivas, de Robinet, el incommensurable del doctor Puga Borne, un duplicado de Paulino Alfonso, primero rembrantesco, en brusco contraste de luz y sombra, con facha de gran rabino; después á plena luz, sin quitarle el clásico chambergó plomo que completa su personalidad. Ninguno era de gran valor artístico, pero, no se desmentía el arrojo de aquel muchacho en aquellos *portraits* de senadores y diputados. Luego una decisiva valentía: gran retrato de don Benjamin Vicuña Mackenna, tamaño natural, que debía de servir de modelo á Rodin para la estatua del escritor que se proyectaba mandarle hacer.

El encargado de llevarlo hasta París sería el mismo autor. Como tarde que temprano debía pensionarlo el gobierno en Europa, ¿por qué no hacerlo pronto, aprovechando aquel motivo, y evitando que se perdiera un talento joven, lleno de promesas, como se han perdido otros, en nuestro asfixiante medio ambiente?

Quedó resuelto el viaje, y en la exposición del último año Plaza Ferrand hizo un verdadero *tour de force*: su *Odalisca*, simpático cuadro que fué una novedad y una revelación más. Con todos sus defectos, era agradable de color, casi maestro de arreglo, y muy general de tema. El pintor había ganado inmensamente en honradez artística, en ejecución y en gusto, desde su paliducha *Confidencia* hasta su última obra. Ciertamente, podía colocarse ésta junto á un buen cuadro pintado anteriormente por Plaza Ferrand; nos referimos á aquella mujer reclinada sobre fondo rojo, cuyo título olvidamos. En el autor de ambas telas podían fundarse halagüeñas esperanzas.

Esta vez la pensión á Europa estaba legítimamente ganada.

Podrá observarse demasiada concisión en este rápido bosquejo de una breve carrera artística que no ofrece mucho campo de estudio; pero hay que reparar que, ante todo y sobre todo, es el porvenir de Plaza Ferrand el que lo señala de antemano entre los privilegiados del talento en nuestra patria.

Hasta hoy sus obras son escasas y defectuosas; pero, eso sí, llenas de cualidades superiores. En una frase: cuanto se puede producir á los veinticinco años en nuestro estrecho medio artístico.

El mismo carácter atrevido y emprendedor que notabiliza al aprovechado discípulo de Lira; en un centro de adelanto, con buenos maestros, lo hará surgir seguramente; eso sí, siempre que conserve la misma contracción y el mismo entusiasmo por el trabajo.

AUGUSTO G. THOMSON.